

A unas aves

Aves que vais hacia la patria mía,
Como van mis suspiros lastimeros,
Llevadla el beso que mi amor la envía.

¡Cuánta impotente envidia siento al veros,
Yo en nuestro valle soy piedra deshecha
Que con el pie separan los viajeros!

Bella te elevas en la mar salada,
Como en más breve mar la chipria Diosa,
Admirada de Albión ya que no amada.

De aquel Dios del trabajo eres la esposa
Que los mónstruos unció de mar tierra
A su regía carroza victoriosa;

Y que con lazos de oro ató a la Guerra
Cuyo sangriento acero trocó en plumas
Con que arma a la razón que la destierra;

Y aunque quizá, olvidando que es de espumas
De tus grandezas el cimientó incierto,
La creación tu pedestal presumas;

Y aunque quizá tu corazón ha muerto,
Y eres estatua colosal de duro
Mármol de tumbas, terso, blanco y yerto,

Asilo ofreces plácido y seguro
Al proscrito en tu hogar, donde luciente
Ve de la libertad el fuego puro,

Y no se juzga de su patria ausente,
Por que es la libertad la patria santa
de todo corazón y de toda mente.

Mas no extrañes que anude mi garganta,
Recordando otro pueblo y otra historia,
El dolor que mi espíritu quebranta:

Que hasta elevado a la celesta gloria
Conserva acaso el niño venturoso
De su pérdida madre la memoria.

¡Oh, España! ¡Oh, dulce España! ¡Oh, sol radioso!

¡Oh, cielo azul! ¡Oh, fuentes cristalinas!
 ¡Oh, verde campo en flores abundoso!
 ¡Oh, montes coronados de ruinas!
 ¿Qué pueden envidiaros Grecia y Roma?
 ¡Oh, canciones del pueblo peregrinas,
 Engalanadas con aquel idioma
 Que como el Tajo aurífero y abundo
 Cual flor de almendro de melifluo aroma
 Compite siempre con el mar profundo,
 Ya cuando ruga como hambrienta fiera
 Y espanta y mueve y ensordece al mundo,
 Y ya cuando en la alegre primavera
 De amor suspira al declinar el día
 Besando cariñoso la ribera!
 ¡Oh, humilde albergue en que en la infancia mía
 Junto a mi cuna, con amor sentada,
 Mi madre el libro santo me leía,
 Y apoyando ambas manos en la espada
 Recordaba mi padre fatigado
 Las mil batallas en que fué mellada!
 ¡Oh, solitario bosque perfumado,
 Do por mí sorprendido en una siesta
 Huyó amor de sus ninfas rodeado,
 Y una (la más hermosa y más modesta)
 De azules ojos y de voz suave,
 Huyendo más risueña y menos presta
 Entre las manos me dejó aquel ave
 En que el poeta sobre el mar mundano
 Al firmamento levantarse sabe!
 ¡Oh, templo del saber do quise en vano
 Mi alma encender en la sagrada pira
 Al escuchar al sacerdote anciano!
 Que si el poeta las estrellas mira
 Mientras los otros reman y se aleja
 Buscando flores cuyo aliento aspira
 Mientras los otros mueven trillo y reja,
 Es que está destinado a ser piloto
 Y a sacar miel de flores cual la abeja.
 ¡Oh, puerto resguardo de Euro y Noto,
 Donde cual Juan en Patmos evocaba
 Con el pasado el porvenir ignoto
 Y el gemir en las tumbas escuchaba
 De mártires sin fin, y allá en el cielo
 El himno redentor que contestaba!
 ¡Oh, callados sepulcros, que en el suelo

Guardáis mi corazón hecho pedazos
 Bajo las negras lápidas del hielo!
 ¡Oh, de fiel amistad tiernos abrazos!
 ¡Oh, templo que termina cruz erguida
 Abiertos siempre los piadosos brazos!
 ¡Oh, patria mía, en fin, patria querida!
 ¿Cuándo volverá a tí, cuándo en tu seno
 Podré de nuevo alimentar mi vida?

.

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Qué veneno
 El infortunio en mis sentidos vierte
 De todo honrado corazón ajeno?
 ¡Volver a España a presenciar su muerte
 Tras su agonía que vergüenza inspira!
 ¡Volver a España que reposa inerte,
 Yo que llamé a su puerta con mi lira
 Y después con el puño de mi acero
 Y no he logrado despertar su ira!
 ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Recorreré primero
 La tierra entera a guisa de mendigo,
 Y tumba me dará suelo extranjero!
 ¡No quiero ser de su opresión testigo!
 Bástame su memoria que, despierta,
 Por do quiera que voy viene conmigo.
 Con sus lóbregas alas, muda y yerta.
 La noche, ave fatídica y gigante,
 Cubre una tierra al parecer desierta,
 Y en que tan sólo vago y oscilante,
 Entre malezas, túmulos y escombros,
 Fosfórico fulgor flota un instante.
 ¿Qué espectro colosal, de cuyos hombros
 Pende manchada y rota hoga sangrienta,
 Aumenta de este cuadro los asombros?
 En su derecha mano, macilenta,
 Un crucifijo, puño de una espada,
 En noble sangre enrojecida ostenta,
 Y en la izquierda la copa, que labrada
 Por todos los demonios de la orgía,
 De impurezas sin fin está colmada.
 Se alza la tierra cual la mar bravía
 Rompiendo de las tumbas los secretos
 Que abillantado mármol encubría;
 Y amenazantes, pálidos, escuetos,



Surgen, a Dios las manos levantando,
Pidiendo «Expiación» los esqueletos.

Mira el espectro al funerario bando.
Cual Caín a su víctima inocente,
Del Sumo Juez los pasos escuchando;
De Luis Onceno los temores siente
(Que no le ha de faltar una vileza),
Y sus supersticiones juntamente.

Con hipócritas muestras de flaqueza
Postra en la dura tierra una rodilla
Y besa el crucifijo, y llora, y reza;

Y así acallada su conciencia, brilla
La soberbia satánica en sus ojos;
Lanza de sí el el terror que le mancilla;

Hiérguese; con desdén y con enojos
De sus miserables víctimas airadas
Contempla frente a frente los despojos;

Alza después al cielo sus miradas;
No ve en ellos las cláusulas divinas
En el festín de Baltasar trazadas,

Y busca nuevamente en las ruínas
Siervos aletargados de quien sorbe
Las gotas de la sangre purpurinas.

¡Tal es la patria que mi amor absorbe!
¡La que pudiera ser, si despertara,
Miedo y amor y admiración del orbe!

¡Oh! Mientras tanto que su suerte avara
No vence con su antigua valentía
Y guerra a sus verdugos no declara;
Aves que vais hacia la patria mía,
Como van mis suspiros doloridos,
Llevadla el beso que mi amor la envía.

Mas no colgúeis en ella vuestros nidos,
Ni apagueis vuestra sed en sus corrientes,
Ni os poseis en sus árboles floridos.

Pasad cual sobre lagos pestilentes
Sobre sus pueblos, cárceles medrosas,
Y sobre sus campiñas florecientes;

Y decidla que van por escabrosas
Sendas, solos, sombríos, fatigados,
Sus hijos recordando y sus esposas,

Los hijos de Espartaco, los soldados
Del alma libertad, que son girones
Del invencible lábaro arrancados;

Mas que en sus esforzados corazones

Llevan su patria por la tierra estraña
Hasta las más recónditas regiones,
Y entrar no quieren en la opresa España
Sino agitando su pendón ufano;
Porque el río al cruzar que humilde baña
Los límites del suelo lusitano,
Han jurado a la faz del firmamento
De la espada en la cruz puesta la mano,
Antes morir sin agua ni sustento
Y pasto ser de las salvajes hienas,
Que de nuevo vivir entre cadenas:
Y todos cumplirán su juramento.

